

alvè 1944

213



Magnífica residencia construida en el año 1833 por el Conde de Santovenia, donde residió durante algunos años con su familia. En la actualidad existe instalado en esta gran casa el "Asilo de Ancianos Susana Benitez".

VIEJAS COSTUMBRES CUBANAS

LA BARRIADA DEL CERRO

LAS costumbres cubanas, de la primera mitad del siglo XIX, en cuanto a la mujer se refiere, no dejan de revestir interés, principalmente para la juventud actual, que asombrada se preguntará cómo era posible que sus abuelas pudieran vivir en la forma que lo hacían entonces.

No se conocían en aquella época el cine, ni tampoco el *high ball*, ni las jóvenes de 15 a 16 años aspiraban con deleite en sus reuniones y hasta en presencia de los padres el humo de los rubios cigarrillos de Virginia, ni se había generalizado tanto el cruzado de piernas, ni andaban las mujeres por las calles sin fajas, ni ajustadores, y con los vestidos ajustados hasta casi rasgar las costuras. El ritmo africano de la conga lo bailaban solamente las personas de color en sus pin-

torescas fiestas y la endemoniada música del Sur de los Estados Unidos no había logrado invadir nuestros salones elegantes. La falda era entonces bastante más larga y resultaba algo extraordinario que el aire o un pequeño descuido nos permitieran ver unas pantorrillas (hoy con una facilidad extraordinaria se ven hasta los muslos). Eran aquéllas unas costumbres que algunos califican como de exagerado recato y acaso eso sea cierto, pero cuando pensamos cómo avanza entre nuestra juventud el modernismo de la época presente, y como niñas nacidas y criadas en hogares honestos, se contaminan con ese peligroso veneno, nos produce inquietud el futuro de la juventud de hoy, cuando pensamos cómo a ese paso serán los hogares de esta generación...

Un ilustrado escritor costumbrista del pasado siglo, el señor José G. de Arbolea, que escribió en el año 1852 un Manual donde en forma compendiada narra en un capítulo que él titula *Costumbres*, las nuestras de los comienzos del siglo XIX y refiriéndose a las jóvenes de entonces nos dice:

"El bello sexo, se distingue en nuestra ciudad del de otras, en que no puede salir de día sino en carruaje, excepto a misa los días festivos, si la iglesia se halla cerca de su casa. Aun para ir al templo, necesita siempre la mujer un paje que le lleve la alfombra, la cual tiende en el lugar elegido para que sus amas puedan sentarse y arrodillarse.

A los paseos vespertinos no pueden concurrir nuestras mujeres, sino en quitrín, y cuantas tentativas se han hecho para que las jóvenes paseen a pie, han sido infructuosas. Sólo de noche les es permitido hacerlo. De noche también se las ve en las tiendas de ropa, modas y flores, en las platerías y cuando más en las locerías y en las neverías, pero no en otra clase de establecimientos. También hacen y reciben de noche sus visitas. La que no tiene carruaje, vive, pues, desde que sale hasta que se pone el sol, en perpetuo encierro, del que se distrae por la tarde en las ventanas de sus casas, que aparecen abiertas entonces de par en par.

Poco después de ponerse el sol, llega la hora de las visitas, de las distracciones y de los gustos, los tertulianos, las retretas, el teatro y el baile."

La Quinta de Santovenia

La magnífica quinta levantada por el primer Conde de Santovenia en la propia Calzada esquina a la calle de Patria, fué erigida en los finales del primer tercio del siglo XIX, emplazando el edificio donde se alojaría la familia al centro de una gran parcela de terreno, estando por consiguiente la casa, suficientemente alejada de la Calzada y precedida de una amplia avenida flanqueada de frondosos árboles. La casa estaba rodeada por sus costados y fondo de bellísimos jardines que enriquecían dos bellas fuentes, artísticas figuras de mármol y distintos jarrones de terra-cotta.

En esa señorial residencia y en otras de aque-

lla barriada, se reproducen con fidelidad los órdenes, molduras y ornamentos arquitectónicos de la antigüedad clásica, reflejando, como lo afirma el profesor Weis, el movimiento neoclasista a que se había sumado España en comisión con las demás naciones del mundo occidental; pero el gusto más individual, así como los más amplios horizontes artísticos de clientes y arquitectos, se traduce a menudo en ellas en un suave matiz, en que se manifiesta algunas veces el gusto italiano y en otras el francés.

Esta residencia en sí misma enriquecida con los más bellos mármoles, ricas maderas y artísticos estucos, este *vero Trianon*, según frase feliz del propio Weis, fué durante muchos años el *rendez-vous* obligado de la aristocracia habanera y escenario de las más suntuosas recepciones.

Las señoriales mansiones de El Cerro, de las cuales el palacete de Santovenia es tan revelante ejemplar, agrega Weis, representan un tipo luego muy cultivado en otros barrios suburbanos, particularmente El Vedado, y todavía hoy, con su lógica y cómoda distribución, su amplitud y sus anchurosos patios y soportales, aparecen como la resultante natural de nuestro clima y costumbres.

La plana de esta amplia residencia, ofrece la forma de la letra L y tiene en su frente o fachada principal un amplio portal. En su composición arquitectónica, se advierten detalles marcadamente italianos, viéndose en el pretil que remata la fachada, unos lindos jarrones de mayolica de los que por desgracia quedan allí muy pocos.

El edificio fué emplazado en una superficie de terreno que medía una caballería, teniendo en su frente y costados, bellísimos jardines y en el resto, infinidad de árboles frutales y de sombra.

La sala es amplísima, pues mide unos 16.00 metros de largo por 6.00 de ancho, existiendo todavía, una magnífica división de madera, ricamente ornamentada, que dividía esta pieza de la capilla privada de la familia. Tanto el piso de la sala, como los de las restantes piezas del inmueble, son de mármol blanco de Carrara, con adornos e incrustaciones de mármoles de variados colores.

Detrás de la sala y de los cuartos dormitorio puede verse una amplia galería de persianas a la

española, que constituyen las tres restantes fachadas, dando todas a los jardines.

En el centro del patio principal, existe todavía un gran algibe, y, sobre él, una terraza que tiene pisos de mármol blanco, con una amplia y bella escalinata de este material que permite bajar a los jardines. La terraza, estaba decorada con valiosas esculturas en mármoles estatuario, algunas de las cuales eran bellísimas Venus. Estas figuras fueron destruidas por las religiosas que ocuparon el edificio, al quedar allí instalado el "Asilo de Ancianos Susana Benítez", que da amoroso alojamiento, de acuerdo con el legado que lo instituyó, a los viejos pobres que carecen de hogar.

Existían también, en esta bella terraza, diversos objetos de arte, tales como jarrones de mármoles con artísticos pedestales, algunos de los cuales todavía puedan verse en aquel lugar. Habían también leones de mármoles y otras figuras artísticas. La terraza, estaba cubierta con una valiosa pérgola de hierro forjado, ricamente decorada.

El estilo de los jardines que embellecían aquella señorial residencia, tanto por las figuras de mármoles que lo decoraban, como por su disposición y trazado, era evidentemente italiano.

En una de las avenidas del jardín de esta casa, existía un interesante grupo escultórico en mármol representando a una perra de San Bernardo con su cachorro, dándole calor y vida a una niña que muere helada por haberse caído entre los ventisqueros de los montes suizos. Aunque este grupo, que fué tallado por el escultor italiano Antonio Lazzarini, no es una obra maestra por su ejecución, resulta muy decorativo por su simbolismo y por la acertada *pose* de las figuras que lo integran.

En el centro de la terraza existe el pozo, que tiene un brocal formado por una sola pieza de mármol, pudiendo decirse, sin temor a caer en exageraciones, que es el más bello ejemplar que existe en la Habana. En uno de sus costados se ve todavía el escudo nobiliario de los Santovenia.

En esta magnífica terraza ofrecieron los Condes de Santovenia una gran fiesta en honor del Gran Duque Alexis de Rusia, que nos visitó a mediados del siglo XIX. También ofrecieron allí estos nobles cubanos, otra gran fiesta en honor

de Luis Felipe de Orleans, que fué después tercer Rey de Francia.

Entrando en el jardín, hacia el lado derecho, existió un gran estanque o lago artificial, por donde circulaban pequeñas góndolas. Todo estaba revestido con ricos mármoles y también podían admirarse algunas estatuas de mármol de gran valor artístico. El puente existe todavía y tiene la misma valiosa reja que tanto lo embellecía. Del estanque solo queda un enorme agujero, en estado ruinoso, que ni con mucho da la menor idea de lo que fué aquel bellísimo lugar del palacete.

Los techos del edificio son de madera y se conservan todavía en buen estado, estando formados por tirantes de cedro. Los cielos rasos son también de madera tallada, encontrándose algunos en buen estado de conservación, por lo que viéndolos, puede apreciarse la riqueza ornamental que poseía aquella gran casa. La ventanas de toda la casa son en su mayoría de hierro fundido. Las barandas, más sencillas, la forman planchuelas con artísticos floreos. La carpintería de puertas y ventanas es valiosa, viéndose en algunos huecos, bellísimos medios puntos con cristales de variados colores, muy semejantes a los que hemos visto en las grandes residencias coloniales de Trinidad.

Esa señorial residencia la ocupó durante algunos años la familia del primer Conde de Santovenia, quienes la cedieron luego al Sr. Manuel Arredondo, Conde de Vallengano, que estaba casado con la señora Lutgarda Valdés y Díaz Albertini, prima del eminente médico Dr. Antonio Díaz Albertini. Fueron hijos de ese matrimonio Manuel y Lutgarda. A esta última le decían cariñosamente *La Niña*.

Eugenio Sánchez de Fuentes, al comentar en un interesantísimo trabajo, las bellezas de esta gran residencia, dice con sincera emoción, las siguientes palabras:

"Al final de una hermosa avenida, sembrada de corpulentos y frondosos árboles, cuyos añosos ramajes se cruzaban, semejando un túnel de verdura, se alzaba este amplio y ventilado palacete que lo formaban dos cuerpos separados por amplios jardines. Su fachada mide más de cuarenta

metros de largo, con la gran sala, sus galerías y colgadizos, con pisos de mármoles de color negro y blanco; la escalinata de entrada también de mármol, en forma de abanico, sus puertas y ventanas de reluciente caoba, y, por último, las estatuas y jarrones que embellecían sus jardines, despertaban la admiración de cuantos visitaban aquella gran residencia, construída con toda seguridad a fines del año 1833."

En esta señorial mansión, se ofreció en el año 1841, una gran fiesta de carácter social, que al ser descrita en el *Diario de la Habana*, por una magnífica pluma, se dijo que la suntuosidad de aquella casa era deslumbradora, no sólo por la belleza de su arquitectura, si que también por las riquezas en obras de arte que atesoraba entre sus muros. El extenso y valioso enrejado de hierro que circundaba el jardín, en que se veían coronas de Conde en bronce repujado y lanzas doradas, los lindos juegos de agua de las fuentes que embellecían sus jardines, el hermoso lago que surcaban frágiles barquichuelos y la belleza incomparable de las plantas que se cultivaban en los jardines, donde además existía un extenso parque inglés, eran magníficos exponentes del *comfort* con que vivían sus afortunados propietarios.

A la muerte del primer Conde de Santovenia, Don Nicolás Martínez de Campos y González del Alamo, esta propiedad pasó a poder de su sobrino el Dr. José María Martínez de Campos y de la Vega, que fué el segundo Conde de Santovenia, quien casó con la Sra. Elena Martín de Medina, encantadora dama que llamó la atención y era muy admirada, por su extraordinaria belleza.

Se cuenta de ella la siguiente anécdota: Encontrándose Elena en una ocasión cerca de la casa de vivienda de la finca donde residía con sus padres, en el pueblo de Ceiba Mocha, acertó a cruzar por allí el acaudalado hacendado matancero, Don Juan de la Cruz Van-der-Gutten, que era viudo tres veces, quien al verla se prendó de tal modo de sus encantos, que a los pocos meses contraían ambos matrimonio. A los pocos años de casados, murió Don Juan y entonces Elena contrajo segundas nupcias con el Conde de Santovenia, quien falleció poco después, de su matrimonio. Como la hermosura de Elena no había declinado, se enamoró también perdidamente de

ella el General Domingo Dulce y Garay, con quien contrajo terceras nupcias. Al ser relevado Dulce del cargo de Capitán General de Cuba, retornó con Elena a España, donde años después, fallecieron los dos.

El Conde de San Antonio, primogénito del Marqués de la Torre, casó en Madrid con una hija de los Condes de Santovenia, matrimonio éste que provocó un formidable escándalo europeo, del que fué absolutamente responsable el joven Serrano.

Los padres de este joven, fueron la señora Antonia Domínguez Borrell una bellísima trinitaria, fabulosamente rica, prima hermana de su marido que lo fué el Marqués de la Torre señor Francisco Serrano, Capitán General de esta Isla. El escándalo alcanzó tales proporciones, por la altísima posición social y oficial del Marqués padre, que acababa de ser Regente de España y a la sazón era Embajador de su país en Francia.

Una hermana del joven Serrano, casó con Don Fernando Díaz de Mendoza, entonces diplomático español, Grande de España, Conde de Valazote y Marqués de Fontanalls, que después, ya viudo, fué el famoso actor que todos vimos, casado con Doña María Guerrero, la más grande actriz que ha habido nunca en lengua castellana.

Díaz de Mendoza, se inició como actor en el teatrico que en su palacio de Madrid poseían los Marqueses de la Torre y en el cual representaban jóvenes de la grandeza de España.

La Marquesa de la Torre, publicó sus memorias, breves años antes de morir, con el nombre de *Recuerdos de la Mariscala de la Torre*, escribiéndolas en el idioma francés. Estas Memorias no tienen interés alguno.

La *Quinta de Santovenia*, con la de *Fernandina*, constituyeron en su tiempo, lo que pudiéramos llamar el siglo de oro de la nobleza cubana, pues ambas eran lugares obligados de cita para todo alarde señorial. Allí se ofreció, en el año 1860 una gran fiesta en honor del Marqués de la Torre, entonces Capitán General de la Isla, donde se hizo un verdadero derroche de distinción, de riqueza y de hermosura.

El día 27 de Febrero de 1872 tomó el puerto de la Habana la escuadrilla rusa que acompa-

ñaba al Príncipe Alejo Alejandrowitch, hijo tercero del Emperador de Rusia Alejandro II y de María Feodorwna de Hesse. El Príncipe, según los cronistas de la época, contaba al visitarnos 22 años de edad, y era de elevada estatura, de fisonomía agradable y simpática, de barba y cabellos rubios, de maneras muy distinguidas, modesto en su trato, y de conversación tan amena como agradable.

Al llegar a la Habana, se le declaró huésped de honor del Ayuntamiento de esta Capital, preparándosele un regio alojamiento en la *Quinta de Santovenia*, donde tuvo servicio, mesa y carruajes a su disposición, rindiéndole constante guardia de honor una compañía de Infantería de Marina, con bandera y música. El Ayuntamiento le obsequió también con un gran baile en los salones del Palacio del Capitán General y, además, con una función de gala en el Teatro de Tacón. El Capitán General le ofreció un gran banquete y la Marina Nacional, un regio baile a bordo de la fragata española *Gerona*, que se hallaba anclada en el puerto.

Esta gran fiesta, celebrada en la noche del 6 de Marzo del propio año, 1872, aparece reseñada en el *Diario de la Marina*, correspondiente al jueves 7 o sea al siguiente día de celebrada, diciéndose, entre otros particulares más, lo siguiente:

"Nadie, al penetrar en la *Gerona*, se hubiera creído que se hallaba en la cubierta de un buque de guerra. Vastos candelabros y talladas arañas de cristal, con cien y cien quemadores de gas, la convertían en un ascua de luz. Alrededor de las bandas de la fragata, se vían muelles asientos, forrados de grana, lo propio que bajo el tablado de la música, levantado a la derecha del puente, que estaba revestido de flores y verde ramaje, que lo convertían en un precioso canastillo. Los escudos de todas las provincias españolas, colocados entre dos palmas caprichosamente recortadas, adornaban los costados de la nave, entre elegantes pedestales que sostenían valiosos jarrones... En el vasto salón que se extendía entre el puente y la popa, se levantaba una preciosa fuente que lanzaba el agua perfumada a un tanque revestido de flores y ramajes, y a un *aquarium* adornado de igual manera. El techo o toldo, era de un efecto admirable. Bullones de gasa azul delineados sobre fondo blanco, formando cuadros, en cuyos ángulos se destacaban estre-

llas doradas, lo convertían en un artesonado vistosísimo..."

La entrada a aquel encantador lugar, era realmente deslumbrante, pues desde la Puerta de la Machina, hasta la escalera que conducía al portalón de la fragata, se caminaba por una galería de flores y plantas, que estaba iluminada con candelabros y arañas de gas. A las diez y media de la noche, llegó el Príncipe, siendo recibido por el Capitán General y por otras autoridades, dirigiéndose aquél al salón de popa, que ya se encontraba a esa hora totalmente colmado de concurrencia. Entonces, la orquesta dejó escuchar los himnos nacionales de España y Rusia, comenzando la fiesta con el rigodón oficial. El Gran Duque Alejo, que vestía el uniforme de teniente de navío de la Armada Rusa, lo bailó con la señora Condesa de Lombillo, y frente a ellos, el Capitán General que lo hizo con la señora de Soler y Espalter, esposa del Presidente del Tribunal Supremo de Justicia. Formaban las demás parejas de la cuadrilla, el Comandante General del Apostadero Brigadier Suances, que bailó con la señora Herrera de Romano; el Ayo del Príncipe, con la señora Cárdenas de Pavío; el Comandante de la fragata rusa *Swetlana* con la señora Inés Goyri de Balboa y el Comandante de la *Gerona* Sr. Méndez Casariegó, con la señorita Angelita de la Cantera.

Concluido el rigodón de honor, se inició el baile general. Allí estaban las más distinguidas damas del gran mundo habanero, entre otras, las señoras Condesa de Jibacoa, Rita Duquesne de del Valle, María Luisa Morales de Sandoval, Lola Pedroso de O'Reilly, María Jorrín de Forcade, Lola Herrera... y entre las señoritas, Nena Jenckes, Angelita de la Cantera, Mihita Aguirre, Carmita Orihuela, Elena Lauzán y muchas más.

A la una y media de la madrugada, el Príncipe Alejo ofreció su brazo a la Sra. Rita Duquesne de del Valle, dirigiéndose con ella al salón de la Cámara del Comandante de la *Gerona*, donde se había dispuesto el *buffer*, siguiéndoles el Capitán General y demás invitados.

El Príncipe permaneció en el baile hasta cerca de las cuatro de la mañana y se le vió en muchas ocasiones circular por entre la concurrencia dando el brazo a una dama o señorita, admirado de la belleza y la elegancia de las mujeres cubanas, que él, gentilmente, calificó como *las más bellas*

que había visto en sus visitas a las distintas capitales europeas y americanas.

El Príncipe Alejo se alojó todo el tiempo que estuvo en la Habana en la residencia de los Condes de Santovenia, abandonándola el día 10 de Marzo en las primeras horas de la tarde al abandonar la Ciudad la fragata *Swetlana* la rada habanera.

El Gran Duque Alejo al abandonar la Habana se dirigió al puerto de Matanzas, visitando y hospedándose en la quinta del Sr. Félix Torres, que estaba situada en las alturas de Simpson. Esta magnífica quinta de recreo es, a nuestro juicio, una de las mejores residencias cubanas. Su estilo arquitectónico es el de una linda villa italiana, con bellísimos jardines en terrazas, viendósele todavía en magnífico estado de conservación.

Al Gran Duque le fué ofrecido durante su estancia en aquella Ciudad un gran almuerzo en la quinta *La Antonia*, situada en una de las alturas más pintorescas de Matanzas, en la residencia del Ldo. José Manuel de Ximeno, abogado matancero que era Presidente del Banco San Carlos y anteriormente Alcalde de la Ciudad de Matanzas.

El Ldo. de Ximeno, que era primo hermano del famoso poeta José Jacinto Milanés, fué el primer coleccionista de cuadros que hubo en Cuba en su época. La Santa Isabel de Hungría, que existe en el *Museo Nacional*, la mandó a copiar Ximeno a José María Romero, pintor de los Duques de Montpensier, para regalarlo a su hermana la señora Isabel de Ximeno de Mahy. Este cuadro estaba en la casa de Isabel, a quien cariñosa y familiarmente decían *Isa*, y estaba colocado en uno de los paños de pared de la gran escalera de la casa, que ocupaba esa familia en la calle del Medio, entre las de Jovellanos y Matanzas. Reveses de fortuna obligaron a esta señora a alquilar su casa al Sr. Ramón Pelayo, que fué Marqués de Valdecillas y por los grandes arreglos que Pelayo hizo en la misma, *Isa* le regaló este cuadro. Cuando el Sr. Pelayo liquidó sus negocios de Cuba, lo donó al *Museo Nacional*.

El error de creer este cuadro de Murillo, se debe a un pintor catalán nombrado Luis Graner, que visitó el ingenio *Rosario* de la propiedad de Don Ramón Pelayo, allá por los años 1910 a

1911, asegurándole que el cuadro era original del famoso pintor español.

Pero la familia de Ximeno, que posee la documentación completa del cuadro, asegura que esa pintura no es de Murillo.

La casa solariega que los Condes de Santovenia poseían en la Habana vieja, está situada en la calle de Baratillo No. 1, junto al Templete, frente a la Plaza de Armas.

En la actualidad, se le está adicionando un tercer piso a ese gran edificio de estilo colonial, lo que resulta lamentable, pues aquella Plaza va perdiendo su carácter colonial, que debiéramos los cubanos conservar con amoroso cuidado.

Al morir en España la acaudalada dama cubana Doña Susana Benítez de Parejo, dejó en su testamento mas de cien mil pesos en oro para la "Congregación de los Ancianos Desamparados", designando como albacea al Dr. Antonio González de Mendoza, prestigiosa figura del foro cubano que era entonces Presidente del Tribunal Supremo de Justicia. Y el Dr. González de Mendoza, puesto de acuerdo con las hermanitas que integran esa comunidad religiosa, adquirió, en el año 1886, por la reducida cantidad de treinta y cuatro mil pesos el edificio y todo el terreno donde se encuentra éste emplazado, procediéndose inmediatamente a realizar las obras de adaptación que fueron necesarias, para llenar las necesidades de un Asilo, hasta dejar funcionando este establecimiento de caridad, que es, indudablemente, una de las instituciones benéficas mejor atendidas que existen en esta Capital.

Susana Benítez fué una dama cubana que unió su vida a la de su feliz elegido el acaudalado joven Antonio Parejo, ligado por lazos de sangre con la más rancia nobleza española.

Era tía carnal de la señora Susana Benítez, casada con el señor Colín de Cárdenas y Chappoten; Angelita, casada en primeras nupcias con el famoso pintor cubano Guillermo Collazo y al morir éste, con su hermano el general de la guerra de Independencia Enrique Collazo; María Josefa, casada con el señor Antonio Carrillo de Albornoz y Antonio que fué el Marqués de Santa

Susana y murió en Madrid, donde habitualmente residía.

Posteriormente allá por el año 1915 el acaudalado hacendado Don Pedro Laborde y Martinto al vender ventajosamente sus ingenios *Julia* y *Jobs* a la "Sugar Cane Co.", donó al Asilo la cantidad de 25,000 pesos para que se construyera un amplio pabellón, cuyas obras fueron ejecutadas bajo la dirección del arquitecto Leonardo Morales.

Hemos oído decir muchas veces, que los ricos cubanos no tienen por costumbre dejar al morir, parte de la fortuna que poseen para mejorar la vida de estas instituciones o para crear otras nuevas, bien de carácter benéfico o artístico. Y nosotros, pensando en la serie de cosas que han realizado algunos de nuestros paisanos, creemos que acaso no les falte razón, ya que gran parte de ese dinero sirve, en ocasiones, para cosas muy ajenas al propósito que animó a la persona donante.

Ultimamente falleció en esta Capital aquel pe-

riodista que se nombró Don Antonio de San Miguel, hombre que conocía profundamente nuestras cosas, porque tomó parte activísima en la política del país. Y este hombre, que no tenía herederos y que poseía una fortuna, que algunos hacen ascender a casi un millón de pesos, dejó todo su capital a quien había sido siempre su leal servidor, temeroso, según he oído decir a algunos de sus íntimos, de que la cantidad que pudiera dejar para obras benéficas, fuera objeto de *maniobras* y sirviera para alimentar a los buitres que están siempre, ojo avizor, para caer sobre el dinero ajeno y esfumarlo en su propio beneficio.

Nosotros, no aprobamos lo hecho por Don Antonio San Miguel, por varias razones, entre otras, porque creemos que todavía quedan en Cuba algunos hombres de la talla moral de Don Antonio González de Mendoza, que actuando como albaceas, hubiera podido dar al legado de San Miguel, la misma inversión honesta y decente, que dió González de Mendoza al dinero que testara la noble dama cubana Susana Benítez, para los viejos pobres de su país.

Luis Bay Sevilla.